

equivocaba, hablé largo rato con mi amigo contándole, sin que viniera á cuento una porción de majaderías. Decididamente aquella mujer se había enamorado de mí. Una vez, no sé lo que dije, hablando de amor, y vi que me sonreía. Por cierto que tenía unos dientes muy bonitos.

Entusiasmado la seguí al terminar la función. No me había equivocado. Era una burguesa rica; vivía en una casa lujosa; era soltera. Al cabo de pocos días le escribí; me contestó y supe que era amado.

Pero tenía mi conquista la diabólica idea de casarse conmigo. Yo, que tenía diecisiete años y el mundo entero como presa, pero ni un ochavo de fortuna, no podía pensar en casarme con aquella mujer de veinticinco años, rica y que vivía con sus padres y hermanos. Así se lo dije en redondo. Añadí que de no quererme como yo la quería, de hacerme consumir en continuas ansias, me marcharía de mi ciudad y de mi patria. No sé qué sortilegio había yo echado sobre aquella mujer. A la vuelta de pocos días acudió á una cita y fuí feliz. Tanto era el amor que me demostraba, que me asustaron sus transportes. Estrechábame entre sus brazos como delirante, como si temiera perderme.

Y un día, viendo mi inquietud y mi curiosidad, habló así:

—¿No notaste desde que nos conocimos el efecto que me produjo tu voz? Sí; eres bastante listo para que se te escapara ese detalle. ¿No viste asimismo que te miraba más que con amor con ansiedad? Es que en tu rostro veía yo las facciones del hombre á quien amé de niña y que hubiese sido mi esposo si no muriera. Es que te pareces mucho á tu pobre hermano muerto. Es que tu voz es la misma, y al oírte hablar me estremecí creyendo que los muertos habían resucitado. No sé cómo no me desmayé. Luego, cuando me dijiste que ibas á marchar, cuando comprendí que te perdía irremisiblemente, que de nuevo sentiría el dolor horrendo de la separación, no pude resistir. No me maté al morir tu hermano; me hubiese matado si después de verte y de oír tu voz te hubieras alejado. ¿Me perdonas? Ahora no quiero en ti á tu hermano, sino que te



quiero á tu vez; te amo como pocas veces se ama, porque te amo doblemente. ¿Comprendes ahora mi pasión, mi locura, Juan?

Estaba tan hermosa, era tan apasionada, que comprendí cuanto quiso, que la adoré como si fuera aquél un amor de primera mano. Y durante unos meses fuí feliz. Después... ya sabéis... todo cansa, todo pasa, todo se quebranta... Ahora, alguna vez, veo á mi amor de otro tiempo y todavía, á pesar de que el fuego está extinto, aun cuando tiene esposo é hijos, si oye mi voz se estremece como el caballo de batalla que oye el clarín. Esa es mi única aventura amorosa; creed que vale tanto como cualquiera otra.

A. RIERA

INSTANTÁNEAS

JOSÉ JACKSON VEYAN

Su fecundidad sin cuento
y su sal que es un portento
tienen al mundo admirado,
y en verso, que es su elemento,
ha escrito más que el Tostado.

Y aunque á su talento rico
más campo el arte demande,
que no haga caso me explico,
puesto que al género chico
le debe el vivir en grande.

CONSTANTINO GIL

Por su ingenio sin igual
de que ha dado pruebas mil,
ganó Constantino Gil
el aplauso general.

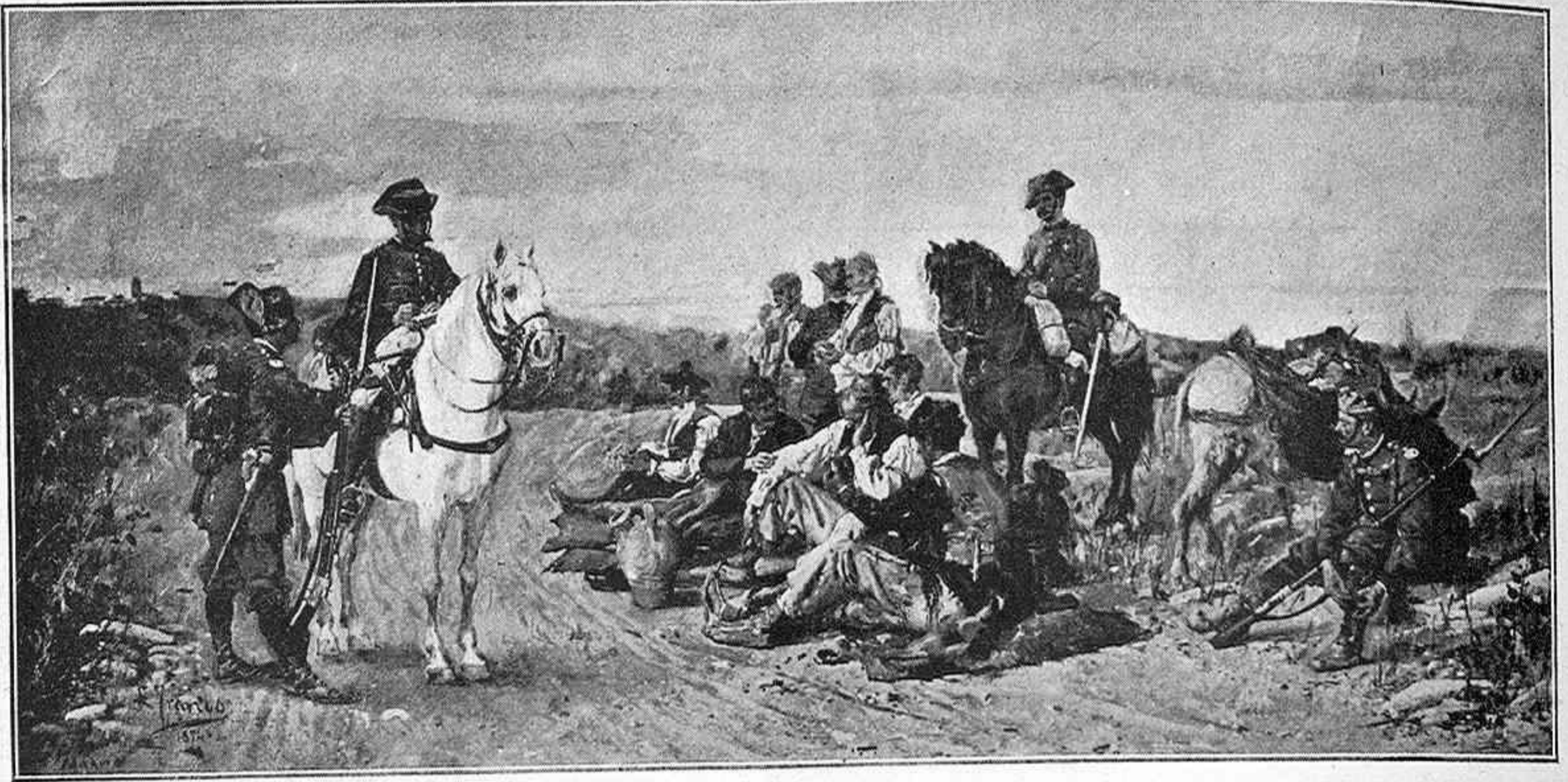
Su *Derecho Conyugal*
es lo mejor que se ha hecho
del matrimonio en provecho,
y, á sus reglas atendido,
no hay matrimonio torcido
que no se ponga derecho.

MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

Con tus obras musicales,
que no conocen rivales,
logras de aplausos tal salva
que hasta *El lucero del alba*
atestigua lo que vales.

Y siendo tu fama tal,
cuando la nota final
te abra del cielo la ruta,
llevarás tú la batuta
en la orquesta celestial.

CARLOS CANO



CAMBIO DE PAREJAS.

Cuadro de L. FRANCO.

Fot. de J. Laurent y C.^a

EL LLANTO DE UNA MADRE

I

Arturo era feliz, en paz dichosa
vivía sin recelo,
amado por Rosaura, noble esposa
de mujeres modelo.

En su albergue tranquilo la ventura
reinaba en absoluto,
todo era bienestar, goce, ternura...
¡el amor dió su fruto!

y cuando Arturo á su mansión llegaba,
sediento de cariño,
la madre, placentera, le mostraba
¡en su regazo un niño!

II

Dos lustros han pasado; y aquel nido
envidiable, de amores,
en mansión del pesar se ha convertido,
fuente de sinsabores.

La esposa y madre, ayer tierna y amante,
de Arturo dulce encanto,
revela honda amargura en su semblante
surcado por el llanto.

—¿A qué este cambio súbito obedece?
—gime Arturo afligido—
¿Por qué su bello rostro se obscurece?
¿Qué dolor ha sentido?

Una vez y otra vez la he preguntado
la causa de su pena,
y siempre me responde.. ¡No he llorado!
¡Si me encuentro serena!

III

De Julio era una tarde calurosa;
¡una tarde de estío!
De los pensiles la brillante diosa
lucía su atavío.

En ameno jardín que fecundiza
arroyuelo ondulante
cuya mansa corriente se desliza
con murmurio incesante,
encuétrase Rosaura reclinada
junto al cauce del río...
¡dos lágrimas empañan su mirada,
puras como el rocío!

En la pradera, un niño salta y grita,
con la mirada ansiosa,
y á impulso de su afán, corre y se agita
tras una mariposa.

IV

—¿Qué tienes, dulce bien?—con voce tierna
dice Arturo á su esposa.—
¿Qué cruento dolor, qué lucha interna
te consume, te acosa?

¿No soy tu compañero? ¿No te adoro?
¿Te podré yo olvidar?
Pues, ¿por qué los motivos de tu lloro,
por qué me has de ocultar?

—Tienes razón, perdóname; á tu ruego
voy, por fin, á acceder.
Lo que mi dicha turba y tu sosiego,
vas Arturo, á saber.



—Explícate, que sufro horriblemente,
y en la duda me aflijo...
¿Por qué lloras, mujer, continuamente?
—¡Lloro por nuestro hijo!

—¿Cómo? ¿Por él? ¿Por nuestro tierno infante?
¿Le amenaza algún daño?
—Escucha, Arturo mío, en breve instante
una historia de antaño.

V

—Aún no te conocía; una mañana
volviendo de un paseo... *matutino*,
encontré junto al bosque á una gitana.

Apartarme intenté de su camino
porque esa raza nómada me inspira,
invencible terror que no domino.

Mas ella, al divisarme, atenta mira,
y cruzando del bosque la espesura
en tanto que en redor sus ojos gira,
hasta mi lado llega, y con dulzura,
con mimos cadenciosos en su acento
me dice la gitana *la ventura*.

Me predijo tu amor, mi casamiento,
la dicha que á tu lado he conseguido,
y de nuestro Germán el nacimiento.

Todo cuanto anunció todo ha ocurrido,
pero tiene un lunar la profecía
en algo que á Germán se ha referido.

Por eso de mi rostro la alegría
huyó cuando vi que era tu retrato,
cuando noté que á ti se parecía.

—¿Pues qué te anunció, qué?—con arrebato
Arturo preguntó.—Vamos, ¿lo dices?

—Pues me dijo: «¡el muchacho será chato!»
¡¡Y éste tiene tres palmos de narices!!

FLORETE

Dibujos de GASPARD CAMPS.



CAMPS



Fot. de J. Laurent y C.^a

SOLDADOS JUGANDO Á CARTAS.

Cuadro de E. ESTEVAN.



LA MANDADERA

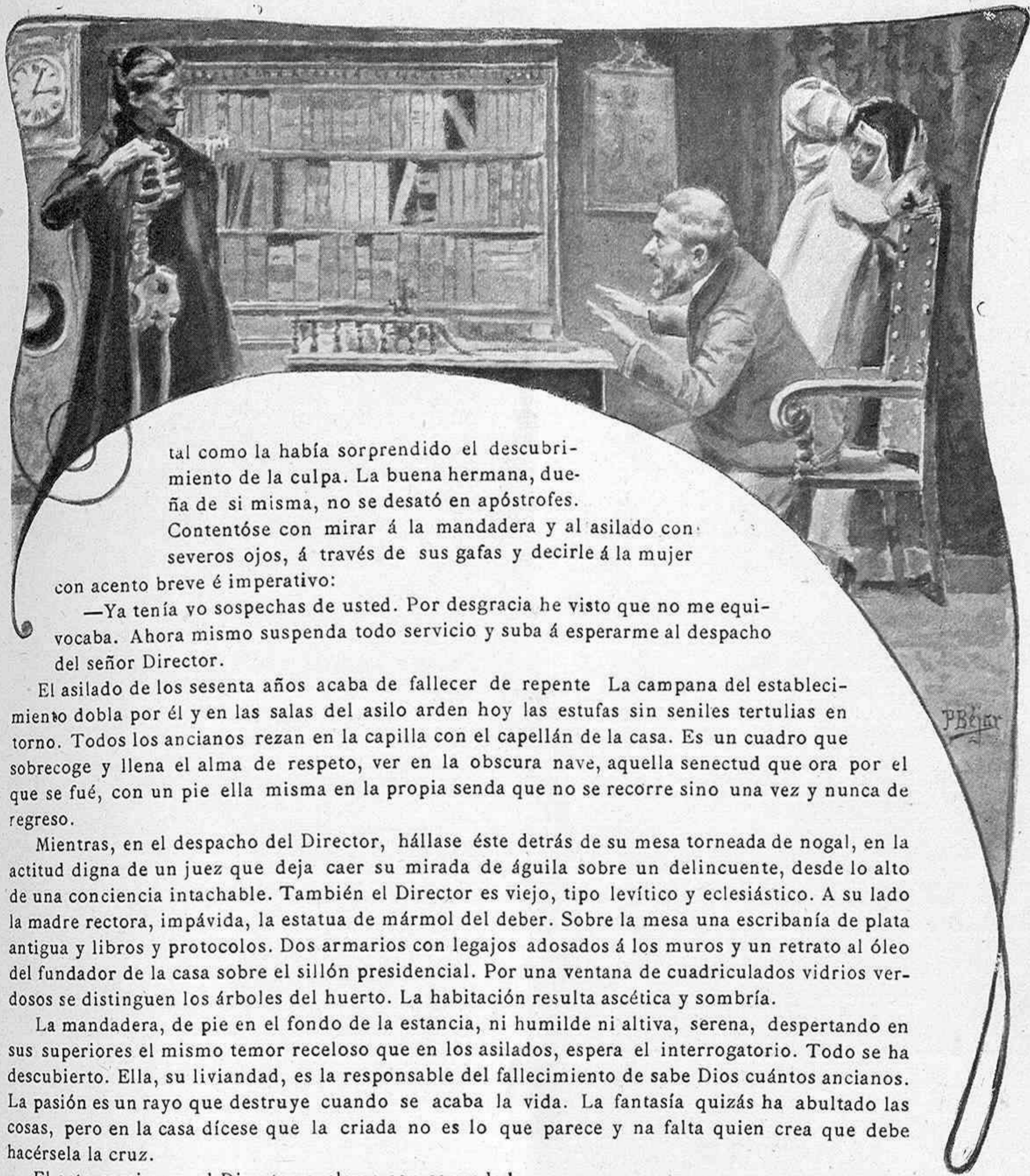
ESTABAN sentados en torno á la estufa, en un gran corro, buscando sus seniles naturalezas agotadas la caricia del último amor de la vida: el de la lumbre, fumando un cigarrillo que, con sus bocas casi impedidas ya para la succión, les duraba la tarde entera, hablando de sus mocedades como siglos hechos carne, y daba miedo contemplarlos, viejísimos, muy ancianos, el de menos edad en los sesenta años, la mayoría entre los setenta y ochenta, uno, el patriarca, en los noventa cumplidos y todos del color de la tierra que les tiraba hacia sí y les agachaba el cuerpo, la mandíbula inferior caída, la boca sin un solo hueso, balbuciente, los ojos, de melosos párpados, refugiados en el fondo de las órbitas, la fisonomía con ese sello de alelamiento é inconsciencia precursor del sepulcro en la humanidad. Una claridad cenital, cayendo de una claraboya abierta en el techo y la luz que penetraba por dos grandes ventanones, dejaban ver las hileras de lechos con sus colchas floreadas y sus mesillas de noche entre las camas. Un crucifijo colgado en la pared, ante el que ardía perdurablemente una lamparilla, parecía abarcar con sus brazos amorosos la gran estancia, esperando siempre la oración de aquellos hombres, protegiéndolos desde el muro. La mariposa apenas si brillaba en el exceso de fulguración del día, penetrando con plena libertad. Diríase que se había tratado de no rodear de la más mínima sombra, á los que la caridad recogía en el asilo próximo á hundirse en la suprema penumbra de la muerte.

De pronto todos se estremecieron y hasta los más indiferentes á la conversación, los que permanecían inmóviles como estatuas, con los ojos clavados en el fuego, volvieron la vista hacia la puerta de entrada á la sala que acababa de abrirse rechinando. Aventuras amorosas recordadas por corazones muertos, entre muecas de seniles risas, hazañas guerreras que aún animaban con su remembranza aquellos pechos helados, toda la prehistoria del corro de asilados terminó brusca-mente, cortada en seco, con la aparición de la mandadera que se acercó á la tertulia, diciéndoles con dulzura:

—A la mesa, viejos míos, la madre rectora ha mandado dar ya la señal.

Concluídas de pronunciar estas palabras sonó una campana: la llamada al refectorio. La mandadera que acababa de entrar, habíase acercado al grupo y fijaba sus ojos con insistencia en el más joven de los asilados, en el viejo de sesenta años, que parecía fascinado y á la vez estremecido, bajo el peso de aquella mirada cortante clavada en él. Los demás ancianos diríase que huían de las pupilas de la mujer. En realidad había en su fondo opaco, mate, algo lúgubre y siniestro, de un extraño fulgor, como de un macábrico enamoramiento, de una seducción que viniera de muy lejos, de la tumba, Alta, huesosa, de una delgadez inverosímil que acusaba el esqueleto bajo la ropa, era la criada proveya en edad, pálida, ó mejor, lívida de rostro, de una amarillez repulsiva de cutis y con el cabello lacio y más que gris.

Renqueando, con su paso tardo de la senectud, envolviéndose en sus pardos capotes, algunos de los asilados apoyándose en un palo habían ido saliendo de la sala los ancianos, quedándose el último, sujeto por la atracción de las pupilas de la mandadera, el viejo de los sesenta inviernos. Nadie más que ellos dos en la estancia. Y de pronto la criada, con un ímpetu impropio de la ceniza de sus cabellos, se abalanzó al sexagenario que abrió sus brazos con una ternura triste y tardía y estampó en su frente de pergamino un beso frenético. A la vez estalló un grito próximo. En la puerta, contemplando atónita la escena, hallábase la madre rectora, inmóvil,



tal como la había sorprendido el descubrimiento de la culpa. La buena hermana, dueña de si misma, no se desató en apóstrofes. Contentóse con mirar á la mandadera y al asilado con severos ojos, á través de sus gafas y decirle á la mujer

con acento breve é imperativo:

—Ya tenía yo sospechas de usted. Por desgracia he visto que no me equivocaba. Ahora mismo suspenda todo servicio y suba á esperarme al despacho del señor Director.

El asilado de los sesenta años acaba de fallecer de repente. La campana del establecimiento dobla por él y en las salas del asilo arden hoy las estufas sin seniles tertulias en torno. Todos los ancianos rezan en la capilla con el capellán de la casa. Es un cuadro que sobrecoge y llena el alma de respeto, ver en la obscura nave, aquella senectud que ora por el que se fué, con un pie ella misma en la propia senda que no se recorre sino una vez y nunca de regreso.

Mientras, en el despacho del Director, hállase éste detrás de su mesa torneada de nogal, en la actitud digna de un juez que deja caer su mirada de águila sobre un delincuente, desde lo alto de una conciencia intachable. También el Director es viejo, tipo levítico y eclesiástico. A su lado la madre rectora, impávida, la estatua de mármol del deber. Sobre la mesa una escribanía de plata antigua y libros y protocolos. Dos armarios con legajos adosados á los muros y un retrato al óleo del fundador de la casa sobre el sillón presidencial. Por una ventana de cuadriculados vidrios verdosos se distinguen los árboles del huerto. La habitación resulta ascética y sombría.

La mandadera, de pie en el fondo de la estancia, ni humilde ni altiva, serena, despertando en sus superiores el mismo temor receloso que en los asilados, espera el interrogatorio. Todo se ha descubierto. Ella, su liviandad, es la responsable del fallecimiento de sabe Dios cuántos ancianos. La pasión es un rayo que destruye cuando se acaba la vida. La fantasía quizás ha abultado las cosas, pero en la casa dícese que la criada no es lo que parece y na falta quien crea que debe hacérsela la cruz.

El acto comienza, el Director exclama con sequedad:

—¿Usted es la mandadera Ursula?

La mandadera sonrío con fatídica sonrisa y replica:

—No, señor.

—Pues quién es usted?

— ¡La Muerte!

Y abriendo sus ropas muestra, la mandadera, el esqueleto limpio y blanco, en tanto que la madre rectora y el Director se quedan aterrados, sin voz, sin pulso, los ojos desmesuradamente abiertos, deseando huir y agarradas y quietas las piernas. Y en medio del torbellino que les zumba en los oídos y les llena de sangre las pupilas, ven avanzar hacia ellos la mandadera, la muerte diabólica que les mira y les dice con su acento sepulcral:

—No temáis, no me servís. También sois muy viejos. Fijáos en que de setenta para arriba no me llevo á ningún asilado. ¿Y sabéis por qué? Porque por lo mismo que soy la Muerte, soy mujer y amo la juventud que es la vida.

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

ALFONSO PÉREZ NIEVA



LOS HERMANOS QUINTERO.
Autores de la celebrada comedia «Los Galeotes».

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

DunCRTRogolPCN
HTMatauNNMigo

JUAN TALLADA.

ACRÓSTICO

ooooooooo X ooo
 oooooooooo X oooooo
 oooo X oooooooooooooo
 X oooooooooooooo
 X oooooooooooooo
 X oooooooooooooo
 X oooooooooooooooooooooooooooooo
 oooo X oooooooooooooo
 X oooooooooooooooooooooo
 oooo X oooooooooooooooooooooo
 o X oooooo
 ooooo X oooooooooooooooooooooo
 ooooo X oooooooooooooo
 ooooooooooooo X oooooooooooooooooooooo

Substituir las equis y ceros por letras, de modo que las equis den el nombre de un célebre dramaturgo y los ceros el de varios de sus dramas.

J. BERTRAN Y B.

CHARADA

Encontréme en dos primera
 un individuo farsante,
 que gritaba á cada instante,
 fingiendo voz lastimera.
 — Prima tercera, — grité,
 á ese fatuo impertinente,
 mas se alborota la gente,
 en tal tumulto, que un pié
 al pobre le lastimaron,
 y al Jefe de policía,
 con quien *todo* yo tenía,
 al instante le entregaron.

D. GOYENCHEA.

FUGA DE VOCALES

—S.. v.l..nt. d.c. .rn.st.
 s.. s.b.: pr.b. c.rt.s
 m.. b..n m.z. . m.. .p..st.
 —N. s.ñ.r. .st d l. q.. .s
 pr.nc.p.lm.nt. m.d.st.

JOSÉ SABATÉS.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Logogrifo numérico.—Barcelona.
 Jeroglífico comprimido.—Bruno.

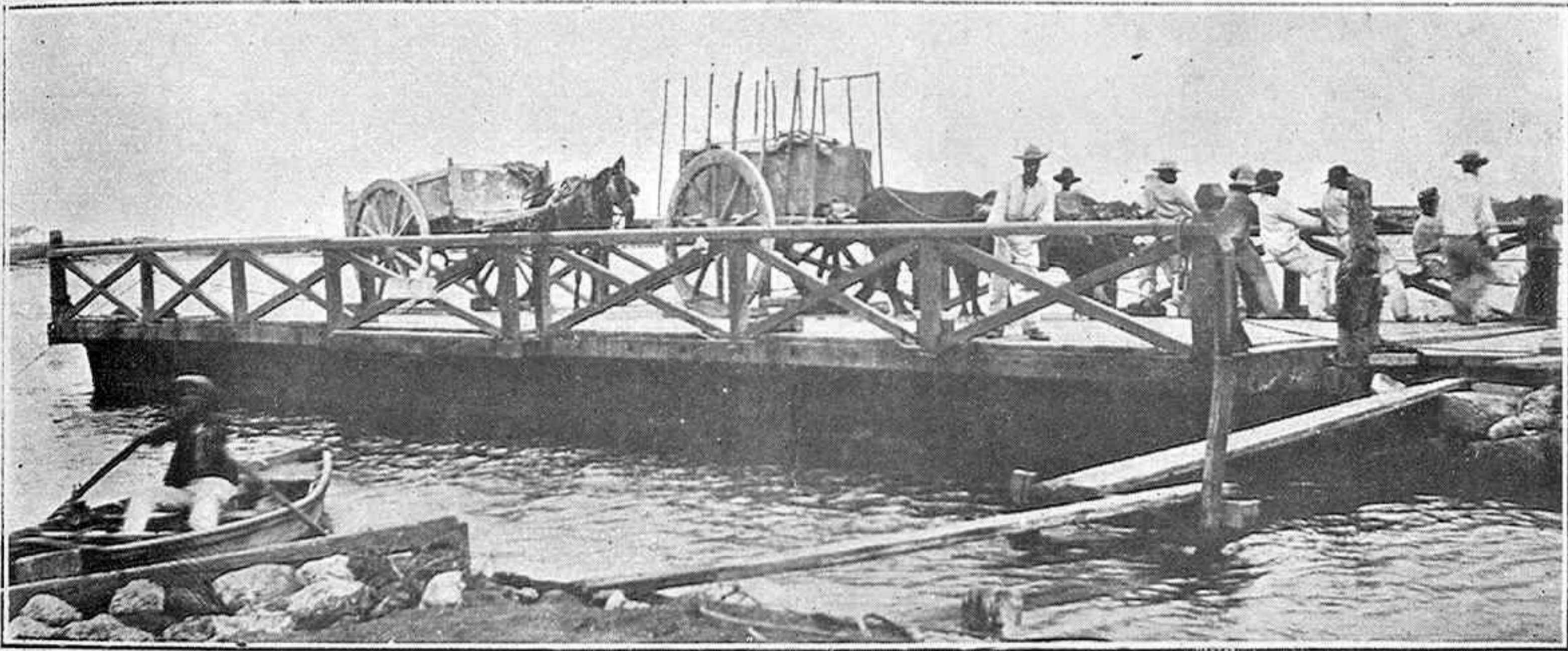
NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.



—Usted tan esbelta, tan espiritual, y Amalia tan exuberante, tan...
—Pues mire usted, somos hermanas de leche; pero ésta se la tomó toda.



—¿Y usted cree, doctor, que aún padeciendo gota puedo tomar baños de mar?
—¡Pues ya lo creo! Qué significa gota más ó gota menos ante la inmensidad del Océano.

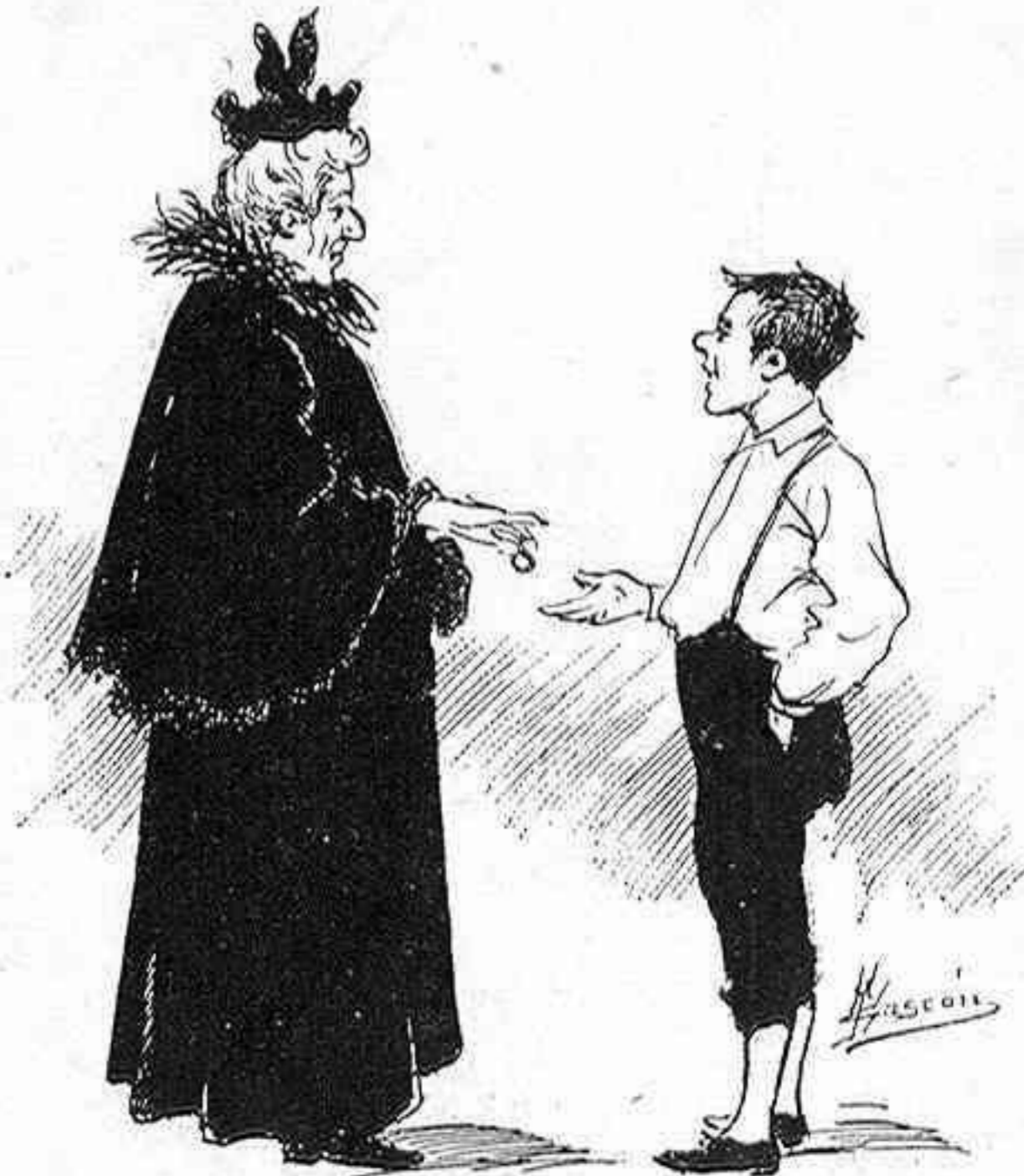


RÍO ALMENDARES (Habana).

Fot. R. Corral y Martínez.

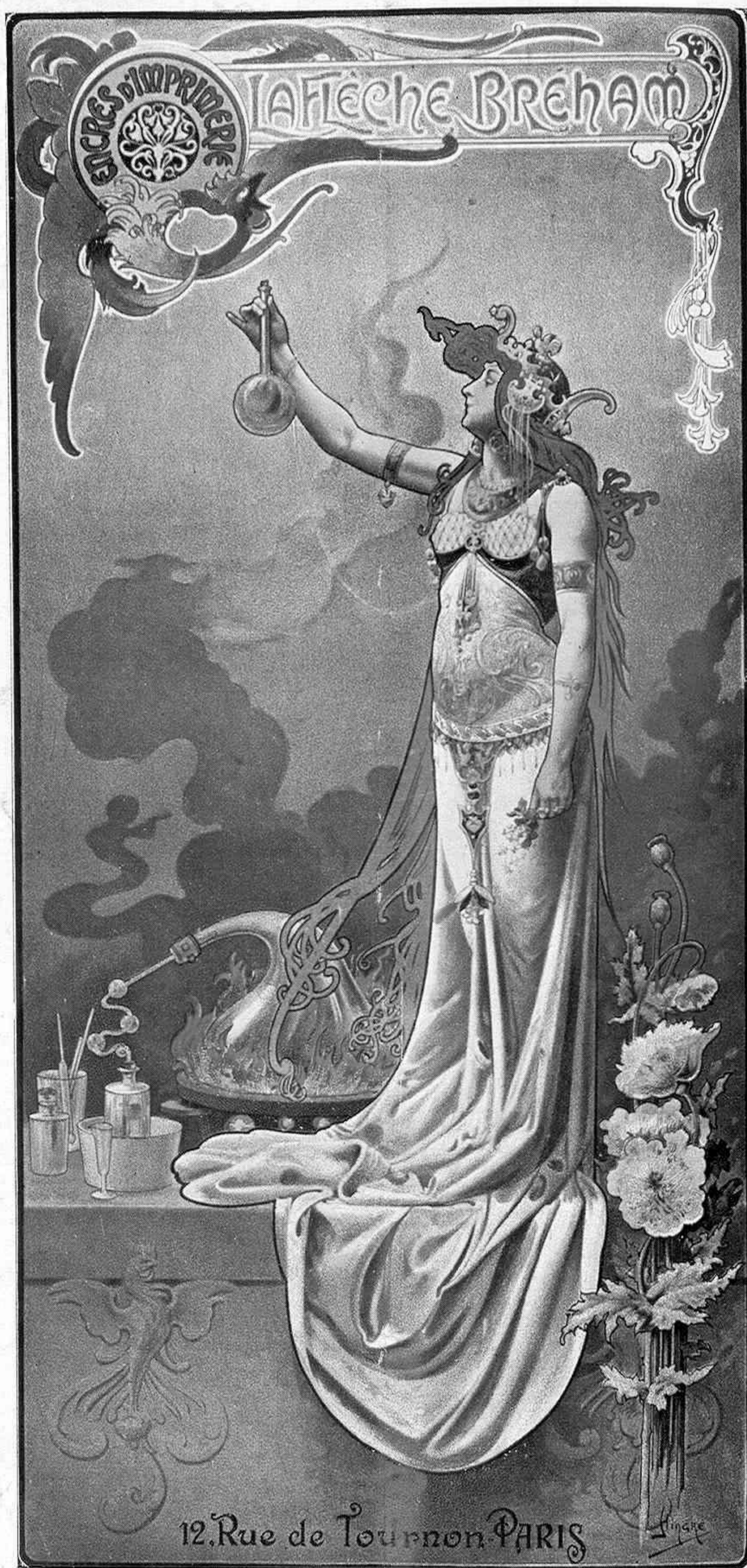


—A este pobre ciego, cargado de familia...
—¿Cuántos hijos tiene usted?
—No sé, caballero, ¿no le digo á usted que no veo?



—Toma esa peseta para tu madre.
—Si yo no tengo madre.
—¿Que no tienes madre?
—No señora. Soy hijo de mi tía.

Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón.»



Cartel anunciador de la Fábrica de tintas para imprenta «La flèche Breham», en París.
SERIE I.^a